

mandar, eran demasiado débiles para hacerse obedecer; y se veía muchas veces, que tímida la autoridad tenía que ceder á cada paso en qualquier particular. De aquí procedía la indiscreta libertad, el trato sospechoso, y los vergonzosos excesos que se cometían; y como siempre se comunica el contagio, hasta aquellas mismas conquistas de Jesu-Christo á quienes parecía separar una impenetrable muralla del mundo perverso, se resentían tambien de la depravacion. Ya no se conocían aquellas timoratas conciencias á quienes la sombra de una ligera imperfeccion hacia devotamente temer, ni había tampoco aquellas almas abraçadas en el amor divino, cuyos castos suspiros atraían la complacencia de Dios. El torrente de iniquidad había quebrantado las barreras que parecían salvar á aquellas preciosas palomas de las persecuciones del seductor enemigo. Sicilia, pues, había hallado en el claustro corazones susceptibles á sus encantos. Al abrigo de un supuesto privilegio se sostenía el escándalo y triunfaba hasta en los lugares profanos. El vicio consagrado por la religion se atrevía á producirse sin atender á que se ruborizaba la piedad y murmuraba de ello el mundo. Ya sabemos que en este no siempre se tiene á gran dicha el ser virtuoso; pero se desea que lo sean los demas, y sobre todo aquellos á quienes su profesion les obliga á ello.

Yo creo que miéntras hago esta relacion está vuestra consideracion conociendo en *Cárlos* los medios de que se había de valer su

zelo para arrasar esta tierra ingrata. Arrebatado con una santa indignacion, hubiera desgajado los mayores golpes, si solo siguiera los primeros impulsos de su ardor. Entró armado de un cuchillo vengador en los oscuros retiros; pero imitando el exemplo de Dios, que siempre es tardo en castigar, buscaba los medios de confundir al pecador, y le exhortaba, rogaba y amenazaba para atraerle á su verdadero conocimiento. Reprimia la indocilidad si se resistía: detenía el orgullo si se rebelaba, y sufría y confundía al furor si se armaba contra él. ¿Era, pues, necesario para sujetar á los espíritus sistemáticos hacerles experimentar los efectos de un saludable rigor? Sabia con exemplos de severidad intimidar á la audaz rebelion. ¿Era menester para fixar á los espíritus débiles é inciertos, usar de mil trazas juiciosas? Sabia con el atractivo de una conducta pacífica terminar su fatal irresolucion. Inflexible algunas veces, condescendiente otras y siempre prudente, ninguna cosa había que se resistiese á su zelo, ni dexase de mudar de semblante.

Reedificóse el claustro con sus propias ruinas, substituyeron puntualmente las nuevas Ordenes á las antiguas. Disputábanse todos á porfia la mas exácta regularidad. La emulacion reunió la ciencia al fervor. Y ¿qué mas diré yo? No tardaron en verse salir del centro de aquellos retiros predicadores zelosos, directores llenos de prudencia, apóstoles animosos, prelados humildes en medio de la gloria, y tambien un Papa, cuya exáltacion se la

la debió solo á *Cárlos*. Pero me engaño: la debió á su profunda capacidad, á sus superiores talentos y al heroísmo de sus virtudes. Como prodigio de santidad habia sido ya el ornamento del claustro antes que se acordase nuestro Santo de emprender su reforma.

¿Qué podremos ya añadir á lo dicho? La eleccion de un soberano Pontífice confiada á la sabiduria de nuestro Santo, su eleccion, la colocacion de Pio V. sobre el trono de San Pedro y su gobierno. Con estos asuntos acabaríá el de *Cárlos*, sino me hubiera propuesto mostrársosle en medio de las pruebas despues de habérosle presentado entre las fatigas. Esta es mi

#### SEGUNDA PARTE.

El Episcopado tiene sus pruebas. La divina Providencia sujetó á ellas á todos los estados y condiciones, para hacer conocer á los hombres que dependen todos de un mismo señor, y dar á entender á los que eleva que les puede abatir.

Sino miráramos mas que las apariencias y la brillantez del Episcopado, era muy fácil dexarse alucinar con el resplandor que le rodea. Mirado un Obispo en este concepto, se le puede colocar entre la clase de los Dioses de la tierra. Ensalzado sobre los demas hombres, goza ya de las glorias de la felicidad. Mas quando, sin embargo de esta nube obscura, se penetra el velo misterioso; y quando desentendiéndose de aquel exterior que habia sorprendido, se penetra el interior que

no

no se habia podido descubrir; ¿quántos abrojos y espinas se encuentran en aquella tierra que solo se creía estar sembrada de flores?

Mas ¿qué es lo que veo? Por un lado se me presenta un pueblo rebelde que sacude el yugo de la subordinacion, y vuelve contra su pastor las manos que este habia llenado de beneficios. Por otro al mismo Dios que castiga este pueblo rebelde, y que con esta fatal venganza experimenta mas claramente la virtud de un pastor fiel. ¿Qué opondrá, pues, este tierno padre á esas diferentes pruebas? Desarmará á Dios y á los hombres á un mismo tiempo: en las persecuciones sujetará á los rebeldes con su paciencia: en la calamidad obligará á los ingratos con nuevos beneficios. Sin nombrar á *Cárlos* he delineado ya su retrato. La idea de un zelo paciente que todo lo sufre, y de un zelo generoso que todo lo sacrifica, es natural y sencilla. Pero aquí la superioridad de las acciones suple la brillantez de la eloqüencia.

El representaros á nuestro Santo como el modelo de un zelo tierno, y de una invencible paciencia, ¿no es un contraste entre el caracter de dulzura y de severidad que parece distinguirle? ¿No me criticaréis ya de que confundo su elogio con el de Francisco de Sales? Tal vez habreis creído hasta ahora que el espíritu pacífico del uno, y el inflexible espíritu del otro no podian ser comparados; pero es fácil daros todas las señales en contrario. Ambos son al mismo tiempo dulces y severos: severos para sí mismos, y dulces pa-

ra

ra los demas. Ambos tuvieron contradicciones que padecer y persecuciones que sufrir. Vosotros me direis, que el uno amenaza y centellea, y que el otro advierte y se insinúa; que *Cárlos* persuade y atrae, y que Francisco mueve y cautiva: mas por lo que hace á mí os diré, que ambos oponen la paciencia á la rebelion, el silencio á la calumnia, los beneficios á los ultrages, el amor al ódio: os diré, que ambos intimidan al herege para convertirle, excomulgan al pecador para ganarle; y, en fin, os diré, que siempre fué una tierna caridad el principio de su conducta, la regla de sus acciones y el garante de sus triunfos.

En efecto, ¿que viene á ser un prelado sin esta tierna caridad y sin este zelo paciente? A la verdad, que es un prelado indigno de serlo. El prelado siempre debe llevar en su corazon al pueblo de que es padre, á la clerecía de quien es guia, á los grandes de quienes es cabeza y á todos los cuerpos y estados de su Diócesis, de quienes es el alma. El prelado no debe tener otro enemigo que á sí mismo con sus mas injustos agresores: no tanto debe ver delinquentes que merezcan su venganza, quanto desgraciados á quienes deba perdonar. El primer carácter del zelo es la caridad: el primer carácter de la caridad es la paciencia. *Charitas patiens est* (1).

Yo entiendo que describiéndoos las obligaciones de un Obispo, os pongo de manifi-

(1) I. Cor. 13. 4.

fiesto su episcopado. Invectivas malignas, quejas injustas, libelos infamatorios, ultrages sangrientos, procederes indignos, atentados sacrilegos, y yo no sé quantas mas cosas sufrió *Cárlos*; pero debo advertiros, que por la caridad todo lo aguantó. *Charitas patiens est.*

El primero que se atrevió á armar contra el zelo de nuestro Santo fué un pueblo rebelde. Unos hombres que se interesaban en condenar sus empresas, porque eran su primer objeto: unos hombres enemigos de la virtud, porque era contra su conducta, fueron justamente los críticos y malignos espíritus que desde luego se dieron á conocer y extendieron sus censuras. Como eran hábiles para sorprender á la credulidad con apariencias de Religion, prestaban á la calumnia todo el colorido del zelo, y lograron que hasta la misma Iglesia les sirviese para su venganza. La reforma que *Cárlos* habia emprehendido en la suya la tenian por una novedad temeraria; y con este motivo se atrevieron á persuadir á los pueblos, que quebrantar unos pretendidos privilegios era usurpar los derechos del ministerio. Estas primeras diligencias causaron muy en breve otras todavía mas perjudiciales. La preocupacion sostenida por la impostura, solo veía en el zelo de nuestro Héroe indiscrecion; en su exáctitud severidad; en su caridad política; en su penitencia ostentacion, y en toda su conducta afectacion é hipocresía. Mas esto no era aun bastante, y así la víctima del engaño lo llegó á ser tambien del furor. Todo se dirigia contra nuestro Santo.

Aquí ¡ó qué espectáculo! se atrevió una mano comprada por el crimen á detener al Santo Arzobispo á la puerta de su misma Iglesia. Mas convertido y mudado el corazon de su enemigo, no tardó en ser el primero que le franqueó la entrada del santuario. Allí ¡qué audacia tan nueva é inaudita! no se detuvo un pie sacrilego en hollar los respetables decretos del santo pastor. Pero desarmado el enemigo por la dulzura de *Cárlos*, se entregó muy en breve á la reflexion y reparó su crimen con tanta publicidad como le habia cometido.

Y tú, depositaria de los sagrados oráculos, tú que no debes servir sino para la explicacion de los santos misterios, para censurar el vicio y elogiar la virtud, tú digo, ó dichosa cátedra de la verdad, serviste tambien á los horrores de la calumnia. Un ministro prevaricador, debe á costa de la caridad hacer que brillen las sales de su ingenio en un discurso destinado á combatir la injusticia: aún él propio viene á ser injusto si con su travesura muda los colores del retrato, porque sabe ha de hallar en los espíritus una preocupacion favorable: se cuenta otro tanto mas seguro del suceso en quanto pinta á *Cárlos* al igual de sus enemigos, y habla con otro tanto mas atrevimiento quanto mejor concibe que la caridad de este Santo nunca se ha de vengar, sino que ántes bien siempre ha de estar pronta para perdonar.

Pero el ódio debía llevar mas allá de Milan sus injustos procedimientos: hasta en la cor-

corte de Roma y de Madrid supo introducir sus especiosas quejas. En esta se le acusó á nuestro prelado de que ensalzaba el poder del Sacerdocio á costa de la ruina del império: en aquella se le acusaba de ensalzar el poder del império á costa del sacerdocio: como fiel vasallo del príncipe y humilde discípulo de la Iglesia, aunque le procuraban destruir y arruinar por todas partes sus envidiosos, no habia ninguna en que no le justificase su conducta, é hiciese ver que era siempre el bienhechor de sus enemigos.

En efecto, señores, cotejemos aquí la penitencia con el furor y al prelado con el pueblo. Oye *Cárlos* los clamores, descubre la rebelion y sufre los ultrages. Pero ¿os parece acaso que se armó con algun rayo vengador? ¿Hizo conocer por ventura á aquellos hombres iniquos toda la extension de su crédito y los derechos de su poder? No por cierto: observó un profundo y constante silencio: este fué el terrible golpe que hizo caer á sus pies á la calumnia, al ódio, al pueblo, á la clerecía y al mismo gobernador.

Su corazon gemía y suspiraba estando mas bien penetrado de dolor que lleno de indignacion; pero la iniquidad de su pueblo, y no las persecuciones que sufría, hicieron saltar de sus ojos un torrente de lágrimas. Podía sincerarse y callaba; vengarse, y quedaba en inaccion. Superior á las desgracias, sabia sufrir siempre su penitencia y jamas quejarse.

Si anatematizó al gobernador de Milan con las excomuniones de la Iglesia, fué porque

aquel atrevido golpe era el único recurso que le quedaba para sostenerla sus derechos contra las ilegítimas empresas de la potestad secular. Si obligó á Roma y á Madrid á que diesen á su reputacion, injustamente manchada, un testimonio auténtico, no fué tanto por defender su propia gloria, como la del ministerio. *Cárlos* solo castigaba quando los intereses de la Religion no le permitian perdonar; pero quando él se interesaba solamente en la venganza, jamás sabia hacer mal á nadie. Para perdonar mas bien á sus enemigos, no queria conocerles: tenia otro tanto mas gusto en remitir á los demas las injurias en quanto era severo para condenarse á sí mismo. *Charitas patiens est.*

¡O zelo! ¡o paciencia de *Cárlos*! Pero ¿qué excesos son los que nuevamente la vienen á insultar? Discurre la audacia un proyecto, y se encarga el furor de ejecutarle. Prepárase el premeditado crimen y se intenta el llevarlo á debido efecto. Hízose la seña fatal. Mas ¡o vanas esperanzas de la impiedad! Una cruz fué la que sirvió á nuestro Santo de defensa. En ella sola fundaba su esperanza: ella únicamente debia procurar su salvacion como que ninguna estaba mas perjudicada. La víctima que se prometian se escapó del peligro. Nuestro Santo solo se acordaba de esto para entregarse al sentimiento de haber hecho un ensayo del martirio y no haberle podido consumir.

A la primera tempestad no tardó en seguirse otra de nuevo. La iniquidad tramó al abrigo

go del claustro un nuevo atentado. El hombre impetuoso solo escucha la violencia de sus pasiones. Viéndose, pues, sin costumbres y sin Religion, y á pesar de la santidad que exigía su estado, y que por lo mismo le habia de acarrear peores consecuencias, ofreció vengarse de la reforma de su Orden por medio de la muerte del reformador. Concibióse el sacrilego designio: estudió la ocasion: discurreió el momento; y::: ¿qué digo yo? se apresura á obrar sin reflexion, pudiendo decirse, que el crimen que medita le agobia sin atemorizarle. Quería que *Cárlos* hallase en su propio palacio su sepulcro. A vista de los altares se prometió derribar aquella cabeza tan útil á la Iglesia. El tiempo de oracion y de recogimiento es el que escogió para descargar el golpe mortal. Adelántase y le despide: mas ¿qué es lo que veo? ¡o prodigio! pierde el fuego su actividad; y puede decirse que aquel elemento llegó á hacerse insensible y negarse al delito de que un hombre, un Religioso y un Sacerdote no se horrorizaba.

Vosotros comprehendereís con mucha facilidad la turbacion que en medio de esta trágica escena se apoderaria de los espíritus, y el temor que sobrecogeria á los corazones. En medio del pueblo á quien mas estimaba, como que era su padre, se trazaba contra su vida el mayor atentado. ¡Ah! ¿cómo podré yo pintaros los sentimientos de dolor y de indignacion de que cada uno estaba penetrado? No hubo ninguno que no se expusiese al peligro para librar de él á *Cárlos*, que se hallaba cons-

ternado y abatido, ó por mejor decir, deseoso y animado. Cada uno parecia que se apresuraba para descubrir á porfia el delinquente, y se figuraban un género de venganza muy propio de su zelo. Nuestro Santo era únicamente el que se mantenía solo y tranquilo consiguiendo apaciguar el tumulto y oponiéndose con la ternura de su zelo á la severidad de la justicia. El cielo, decia, me ha librado; y aquel hombre perverso ha quedado suficientemente castigado con la destruccion de su proyecto. Ya no hay que temer, con que demos á Dios infinitas gracias. Al hablar él todo se sosegó; pero no por eso dexó de continuar su oracion. Escápase de la muerte, y asombrada la Italia no sabia cuál de los dos prodigios era mas admirable, si la proteccion de la divina Providencia para con *Cárlos*, ó la dulzura de este para con su enemigo: dulzura siempre opuesta á las persecuciones de las cortes de Roma y de España, y con la que, si á pesar de sus lágrimas y de sus súplicas no pudo librar al delinquente del rigor del suplicio, le perdonó á lo ménos como christiano, y sintió no poderle servir como amigo.

¿Proseguiré yo esta idea ya que la tierna caridad de *San Cárlos* me ofrece siempre prodigios nuevos? Discurro, señores, que he dicho lo bastante para justificarla. Un zelo sufrido hizo que nuestro Santo lo aguantase todo. La ingratitud de un pueblo rebelde, solo le sirvió para conocer mejor la generosidad de su corazon. En efecto, á este pueblo no le

le podia ver padecer nuestro Santo, sin embargo de que sufría por él todo lo que experimentaba, sin sacrificarlo todo en su favor. Segundo carácter del tierno zelo que le hace superior á las pruebas mas delicadas del Episcopado.

La generosidad es la virtud de los grandes corazones: virtud otro tanto mas heróyca, en quanto es mas rara. Los hombres la aprecian y admiran en los demas; pero un vil interes les impide muchísimas veces executar por sí mismos lo que aplauden en los otros.

Desde luego convengo en que olvidéis todo quanto os he dicho hasta ahora de *Cárlos*: voy á representárosle sobre el teatro de su gloria. Almas caritativas, á pintaros voy el Héroe de la generosidad, que es vuestro modelo: generosidad magnífica sin ostentacion: bienhechora con prudencia: atenta á descubrir la indigencia y pronta á socorrerla: tan pronto pública como secreta, y siempre universal y constante: generosidad única, en la que experimentó su corazon aun mas placer que de obligacion le impuso su estado. Santamente pródigo, se olvidaba de sí mismo para no olvidarse jamas de su pueblo: todos sus pasos están señalados con otros tantos beneficios. *Pertransiit beneficiendo* (1). Colmado de bienes de la Iglesia, solo disponia de ellos en favor de la miseria. Con la propia mano que los recibia los repartia otra vez al instante. El establecer retiros, el fundar colegios y el sosten-

D 4

ner

(1) Act. Apost. 10. 38.

ner hospitales, eran las mas pequeñas maravillas de su caridad. Sacrificó el principado de Arona á las necesidades públicas; pero, ¿qué digo yo? llegó á ser el primer pobre de su Diócesis; y para expresarme con las palabras de su historiador diré, que distribuía el pan que él mismo necesitaba.

Mas ¿qué acontecimiento tan fatal fué el que ofreció al zelo de *Cárlos* el mas tierno espectáculo? Aquel triste momento con que un millon de veces habia amenazado nuestro Santo á su pueblo, despreciándole este otras tantas veces como una vana ilusion, llegó por desgracia á tocarse. Manifiéstase el Dios de misericordia, y como Dios de justicia castigó por fin, aunque fué como siempre tarde en hacerlo: su venganza es otro tanto mas terrible en quanto por mas tiempo ha sido suspendida: así es que la infiel Israel vió baxar del cielo un fuego devorador. Ya caían mil víctimas con él que abrasaba á su pueblo, y todo estaba á punto de perecer quando se echó en medio de las llamas, y á fuerza de súplicas consiguió que cesase el cielo con su azote. *Stans inter mortuos ac viventes pro populo deprecatus est, et plaga cessavit* (1).

¿Si encontrará Milan un libertador tan generoso siendo presa de la desolacion? ¡Ah! bien lo sabeis vosotros.

Quando el cielo vengador reparte sobre la tierra el contagio de los males, y quando infestado el ayre por los vapores malignos hace res-

(1) Núm. 16. 48.

respirar á los hombres el veneno mas sutil; ¡qué revolucion se experimenta en la sociedad! La humanidad gime, y sin tener parte en ella procura cada uno guardarse como puede. La naturaleza habla, pero el temor ahoga y sofoca su voz. Armase la Religion con su zelo, pero en breve se ve obligado, al reconocer el horroroso espectáculo de infinitas muertes, á tomar en lo sucesivo un partido prudente. Todos miran á su patria como á su sepulcro. ¡Desdichados de aquellos á quienes comprehenda el contagio! El padecer en aquella ocasion es la menor desgracia; pero el sufrir sin consuelo y sin esperanza de socorro es la mayor calamidad. El único recurso que queda á un espíritu abatido es el de la muerte. La desesperacion se apodera en un instante de los corazones: cada uno le parece que está viendo en su pariente y en su amigo un enemigo que se recela y huye de él. Las ciudades se mudan en desiertos. Mas yo me engaño. Son unos tristes parages en donde mil cadáveres animados chocan á los sentidos y sobresaltan á la humanidad. En ellos se observa toda especie de miseria y ningun género de misericordia, porque á aquellos á quienes no se puede abandonar sin delito, es imposible socorrerles sin peligro. Entónces es quando experimenta el hombre mas que nunca si verdaderamente lo es; jamas se persuade que le obligue la caridad á buscarse la muerte por librar de ella á los demas.

Tales son tus recursos, prudencia humana; siempre hábil para encerrarte en una im-

posibilidad imaginaria, sabes con especiosas razones alucinar á la credulidad, eludir el peligro y aun adquirirte admiradores. ¡Pero cuán admirable es *Cárlos* quando se rie del peligro y menosprecia la muerte! Bien hubiera podido poner por delante mil obstáculos, pero todo lo allanaba, y aunque le era fácil suponer una indispensable ausencia, como que el exemplo de los otros pastores autorizaba un pretexto al parecer tan sabio, jamas quiso hacerlo.

Es verdad que los demas prelados huían para salvarse; pero esto bastaba á *Cárlos* para detenerse en Milan. Aquellos no escuchaban mas que á su prudencia, y este solo consultaba á su zelo. Los otros creían que la obligacion dexaba de serlo en un lance tan peligroso; pero nuestro Santo quanto mas riesgada era la ocasion, mas indispensable le parecia no desampararla. Su pueblo era un otro sí mismo. Mas ¿qué digo yo? aun le queria infinitamente mas que á sí propio. Todo lo sacrificaba por facilitarle un pronto socorro. Preferia el ayre contagioso de Milan á las delicias de Roma. En vano algunos amigos, que deseaban conservar su salud, querian torcer sus pasos ó suspender la actividad de su zelo, porque solo escuchaba á su amor y su corazon era su oráculo.

Yo, señores, no sé cuál me admira mas al considerarlo, si el peligro á que el pueblo se hallaba expuesto, ó aquel á que *Cárlos* se exponia. ¡Qué cosa tan asombrosa! Por entre una multitud de cadáveres abria paso á los que

que la muerte no habia aun hecho acabar sus dias. *Stans inter mortuos ac vivos.* Como apóstol, y, si me es permitido hablar así, aun mas que apóstol, corria por todas partes y parecia que á cada paso se multiplicaba su zelo. Al mismo tiempo que le veo en un parage arrancar del seno de una moribunda madre al hijo que acababa de nacer y estaba ya para espirar, le advierto en otro enterrar á los muertos para conservar la salud de los vivos. Me parece que le estoy viendo en un mismo instante por todos los parages de aquella gran ciudad, y que, semejante á aquel espíritu celestial, vuela por unas y se detiene en otras. *Stabat et volabat.* Exhortaba, animaba y consolaba, creyendo cada uno que tenia en él su apóstol particular. *Stabat.* Ninguno podia comprehender como podia atender á todos y serles superior. Los padres abandonaban sus hijos y *Cárlos* era el padre comun. *Volabat.* Daba todo quanto tenia, y algunas veces concedia mucho mas: movia á los unos con sus discursos; alimentaba á los otros con sus limosnas, y á todos les admiraba con sus exemplos.

¿Se necesitará á vista de esto representárole todavia en aquel traje penitente, cubierto de ceniza, bañado de lágrimas, cargado con un cilicio, puesto con una sogá al cuello, desnudos, y sangrientos los pies, y lleno su corazon de amargura? Parecia que solamente él era el delinquente, porque él únicamente era el que queria expiar los delitos de su pueblo, y ofrecerse por él como víctima de propiciacion.



cion. ¿Os parece que se mantendrá el cielo inflexible á vista de estos esfuerzos? ¡O gran Dios! mirad, mirad la sangre de Jesu-Christo sobre una infinidad de altares: ella es quien os pide misericordia por un pueblo conternado y penitente. ¿Cómo es posible que la poderosa voz que hace llegar *Cárlos* hasta vuestro trono, no desarme vuestro brazo vengador? En efecto, señores, la súplica de nuestro Santo fué oída. Empezóse á purificar el ayre, cesó despues el contagio y se logró el sosiego. Parecia que Milan habia renacido, y agradecida desde entónces le reconoce por su libertador. *Pro populo deprecatus est, et plaga cessavit.*

¿Qué me queda ya que deciros, hermanos míos? Si me valgo de otras nuevas ideas discurre que debilitarán el elogio de nuestro Santo. Este último rasgo de su retrato os presenta el colmo del heroísmo christiano. Su imágen debe quedar permanente y entera en vuestros espíritus. ¡Quiera Dios que penetre hasta vuestros corazones para que produzca en ellos los propios sentimientos! *Cárlos* ya ha muerto; pero le podeis hacer revivir con vuestra caridad. No vive ya porque ni aun la grandeza de sus acciones le podia libertar de la muerte, pero sus virtudes son inmortales y eternas.

Imitad, pues, para ser admirados estas virtudes tan heróycas, respecto de que aun lo podeis hacer. Imitad aquel firme zelo que le hizo superior á las mas penosas fatigas del Episcopado, y con especialidad todos aquellos que estais destinados para aumentar la gloria de

de la Religion. El zelo que siempre es prudente y jamas tímido, es el de un verdadero apóstol. Imitad todos quantos habeis venido á oír su elogio aquel tierno zelo que le hizo superior á las pruebas mas delicadas y difíciles del Episcopado. El zelo paciente que todo lo sufre, y el zelo generoso que todo lo sacrifica, es el carácter que distingue al verdadero christiano de aquel que solo tiene las apariencias. Siguiendo estas máximas renovareis las virtudes de *Cárlos* sobre la tierra, y merecereis la corona de que goza en la eterna bienaventuranza.

